



GÉNERO, TRABAJO Y ECONOMÍA EN CHINA: DE LAS TRABAJADORAS MODELO A LA ECONOMÍA DE LA BELLEZA

Amelia Sáiz López



REDCAEM

RED CHINA & AMÉRICA LATINA
Enfoques Multidisciplinarios

Consejo Editorial

José Luis León-Manríquez

Profesor e Investigador de la Universidad Autónoma Metropolitana – Xochimilco. México

Maria Montt Strabucchi

Profesora del Instituto de Historia y miembro del Centro de Estudios Asiáticos de la Pontificia Universidad Católica de Chile

Severino Bezerra Cabral Filho

Director y Presidente del Instituto Brasileiro de Estudos de China e Ásia-Pacífico (IBECAP). Brasil

Editora

Pamela Aróstica Fernández

Directora de la Red China y América Latina: Enfoques Multidisciplinarios (REDCAEM)

Working Paper Series (WPS) de REDCAEM se fundó en noviembre de 2017 y es una publicación bimestral de la Red China y América Latina: Enfoques Multidisciplinarios (REDCAEM). Es la primera revista digital focalizada en las relaciones sobre China y América Latina y el Caribe, su objetivo es contribuir con análisis multidimensionales por medio de los seis ejes temáticos de la Red: a) Política y Relaciones Internacionales, b) Historia y Relaciones Culturales, c) Geopolítica y Geoestrategia, d) Medio Ambiente y Desarrollo, e) Género, y f) Economía, Comercio e Inversión. Los seis números que se editan al año, tienen completa independencia editorial e incluyen la revisión por parte de jueces externos. Las opiniones expresadas son de exclusiva responsabilidad de sus autores y no reflejan necesariamente los puntos de vista de REDCAEM.

Para suscribirse, dirijase la página web de REDCAEM: <http://chinayamericalatina.com/afiliacion/>

El texto completo se puede obtener de forma gratuita en: <http://chinayamericalatina.com/wps/>

Sáiz López, Amelia. (2018). Género, trabajo y economía en China: De las trabajadoras modelo a la economía de la belleza. *Working Paper Series (WPS) de REDCAEM*, Revista N°6, septiembre. Eje Género. Red China y América Latina: Enfoques Multidisciplinarios (REDCAEM).

Publicación de REDCAEM

Copyright © Red China y América Latina, septiembre 2018

Todos los derechos reservados



Índice

I.	Introducción.....	5
II.	El trabajo femenino en la sociedad maoísta: las trabajadoras modelo y la liberación de las mujeres.....	6
III.	Las nuevas relaciones económicas.....	11
IV.	Crecimiento económico y desigualdad de género.....	12
V.	Características del mercado laboral femenino chino en el siglo XXI.....	14
VI.	Economía de la belleza y de la sexualidad.....	17
VII.	Conclusiones.....	18
VIII.	Bibliografía.....	20

Género, trabajo y economía en China: De las trabajadoras modelo a la economía de la belleza¹

Amelia Sáiz López

Resumen

Desde la fundación de la República Popular de China, la sociedad china ha experimentado grandes cambios. EL estudio del sistema productivo desde la perspectiva de género además nos permite comprender el efecto desigual que las transformaciones sociales tienen en los hombres y en las mujeres. Partiendo de la división sexual del trabajo como eje ordenador de las relaciones económicas y sociales de género, el artículo analiza las dimensiones productivas y reproductivas de las mujeres chinas en tres periodos históricos significativos (Maoísmo, apertura y globalización) tanto desde el punto de vista de las políticas económicas como de los cambios sociales que su implementación comportan. Al mostrar las tensiones en ambas dimensiones en los periodos estudiados concluye cómo la desigualdad laboral, económica y social de género persiste en la sociedad actual china.

Palabras clave

Género, China, mujeres, división sexual del trabajo, economía.

Autora

Amelia Sáiz López es Socióloga y Doctora en Estudios Interculturales por la Universidad Autónoma de Barcelona, es Profesora de Estudios de Asia Oriental en esa misma Universidad. Cofundadora de la Red de Investigación de Comunidades Asiáticas en España (RICA). Miembro del grupo de investigación Inter-Asia de la Universidad Autónoma de Barcelona, y del grupo de investigación Género y Migración de la Universidad de La Coruña. Sus principales líneas investigación son género y sociedad en Asia Oriental, migración y género y migración y producción cultural. Es coordinadora del eje de Género de REDCAEM.

¹ Este trabajo forma parte del proyecto de investigación I+ DCICYT MINECO FEDER, UE *Asia Oriental: paradigmas emergentes, política(s), dinámicas socioculturales y sus consecuencias* (FFI2015-70513-P) de la Universidad Autónoma de Barcelona.

I. Introducción

La liberación china en 1949, (año de la fundación de la República Popular China) cuenta ya con casi setenta años de historia. A lo largo de este periodo el país ha experimentado notables cambios sociales y económicos. Dar cuenta de todos ellos en este breve espacio es, desde cualquier punto de vista, una tarea inabarcable. Sin embargo, sí podemos trazar algunas líneas de demarcación y ciertos parámetros que nos ayuden a entender los principales aspectos de los cambios sociales. En la medida en que el sistema productivo compone en buena parte las relaciones sociales, utilizar el ámbito laboral como hilo conductor del análisis nos ayuda a comprender la interdependencia de las dimensiones social y económica que enmarcan el proceso social. Y hacerlo desde una perspectiva de género, además, permite confeccionar un cuadro más completo del proceso por cuanto esta mirada analiza la desigualdad social estructural entre hombres y mujeres en las sociedades contemporáneas, siendo la división sexual del trabajo una de sus expresiones más señaladas.

En efecto, la división sexual del trabajo jerarquiza las esferas sociales adscritas a los hombres y a las mujeres en razón del sistema de sexo/género, de manera que se ubica a los primeros en el ámbito productivo y a las segundas en el reproductivo. Históricamente en China, esta división sexual se formulaba en términos de dentro(*nei*)/fuera(*wai*). Dentro hace referencia al espacio familiar, territorio femenino por excelencia; fuera al espacio social masculino, en especial el ámbito laboral. Sin embargo, esta relación de género se altera una vez que se consigue la liberación de China, liberación que también abarca a las mujeres chinas.

En este sentido, estudiar la relación entre la dimensión productiva y reproductiva de las mujeres resulta una útil aproximación para entender cómo opera la variable de género en la configuración social china. Para ello el artículo se estructura en torno a tres periodos históricos fundamentales desde el punto de vista de la política económica de China: Maoísmo (1949-1979), Reformas económicas y apertura (1980-2000) y periodo de la Globalización (2001- actualidad), donde se analiza la relación de las mujeres con el mercado laboral y su repercusión en el ámbito reproductivo, y concluye que el reconocimiento legal de la igualdad de género por parte del gobierno chino no ha podido superar las tensiones y contradicciones entre las dimensiones productivas y reproductivas, incrementándose la desigualdad de género en la sociedad china actual.

II. El trabajo femenino en la sociedad maoísta: Las trabajadoras modelo y la liberación de las mujeres

La proclamación de la República Popular de China (en adelante RPC) el 1 de octubre de 1949 marca el inicio de la China socialista. Un país que construye su sociedad de acuerdo al ideario marxista de organización social, de la propiedad colectiva de los medios de producción, en la gestión de los mismos bajo la dictadura del proletariado, y en el feminismo marxista en lo que respecta a la regulación de las relaciones de género, entre otros.

De las primeras leyes de la RPC, dos tienen como objetivo regular nuevas relaciones sociales en el ámbito de la familia (Ley de matrimonio, 1950) y de la reforma agraria (Ley de la tierra). Desde el punto de vista de las relaciones sociales, familiares y de propiedad, democratización y distribución son los términos que mejor expresan los objetivos de estas leyes: democratización de las relaciones familiares -lo que significa anular jurídicamente la jerarquía de generación, género y edad de la estructura familiar confuciana- y redistribución de la propiedad de la tierra entre la población rural, incluidas las mujeres. Reconocer a las mujeres la titularidad de la explotación agraria era una conclusión directa del principio marxista del lugar que las mujeres deben de ocupar en la sociedad socialista.

Friedrich Engels propuso en su obra *El origen de la propiedad privada, la familia y el estado* (1884) que la posición social supeditada de la mujer en la sociedad capitalista europea del siglo XIX tenía su origen en la estructura familiar resultante de la propiedad privada. Una familia cuyo patrimonio es gestionado por el cabeza de familia -varón de más edad-; un patrimonio que además de posesiones materiales cuenta con la "propiedad" de facto de las personas que la componen y que quedan a cargo del *pater familias* y esto es así, según Engels, debido al peso de las relaciones de producción en el sistema capitalista al estipular la división social del trabajo adjudicando el trabajo productivo, es decir, el que genera ganancia y beneficio, a los hombres y el trabajo reproductivo -improductivo desde el punto de vista capitalista- a las mujeres. Es esta división del trabajo, fruto de la propiedad privada y del estado, la que determina las relaciones sociales desiguales de género. Es por ello que desde esta óptica, la mujer ocupará "la mitad del cielo" -famoso eslogan chino de la década de 1970- si ocupa un lugar en el sistema productivo, es decir, más allá del ámbito doméstico. Así, con esta lógica la mujer tiene que ser trabajadora -integrar la fuerza productiva- para formar parte de la sociedad en igualdad de condiciones que el hombre. Un razonamiento que permite la aparición, posterior expansión y normalización de la identidad de trabajadora de las mujeres chinas socialistas. En otras palabras, la incorporación de las mujeres a la fuerza de trabajo chino se origina, al menos teóricamente, desde, como mínimo la década de 1920. No hay que olvidar que durante el primer Frente Unido del Partido Comunista y del Partido Nacionalista (1923-1927), el departamento de mujeres integrado por mujeres de ambos Partidos, asigna las fábricas y el campo al trabajo político de las afiliadas al Partido Comunista y las emergentes profesiones femeninas en las ciudades a las mujeres nacionalistas.

Las circunstancias económicas del país en la década de 1950 convergen con los principios engelsianos permitiendo que, efectivamente, las mujeres participen en el ámbito productivo necesitado de una ingente mano de obra para reconstruir el país y activar la economía. La fuerza de trabajo femenina es numerosa en zonas rurales y se distribuye por distintos puestos de trabajo, desde los considerados menos cualificados -recogida de las cosechas, limpieza de los campos, etc.- hasta otros de mayor capacitación profesional. Sirviéndose de la organización agraria de ayuda mutua del campo chino, el gobierno del Partido Comunista y su organización de masas dedicada al trabajo político de las mujeres, la Federación de Mujeres, movilizaron y organizaron a las mujeres en equipos de trabajo desde principios de la década de 1950 hasta la colectivización que culmina en 1958 con la creación de comunas en el ámbito rural y de unidades de trabajo (*danwei*) en el urbano. La importancia política y social de la mujer trabajadora en la China socialista se materializa en las sucesivas campañas del Partido que celebran y fomentan su presencia en la esfera productiva.

Por ejemplo, en 1956 se llevó a cabo la campaña “Campeonato de la flor plateada” (algodón) -inspirada en el título de la película *Cinco flores plateadas* muy popular a finales de la década de 1950- en la provincia de Shaanxi. Algunas de sus participantes llegaron a ser las más famosas trabajadoras modelo de la época. La propuesta engelsiana de igualdad social de las mujeres se propone discursivamente como un acto de “liberación”, “...que anima a las mujeres a salir de sus casas y participar en la producción agrícola e industrial del país” (Gao, 2006, p. 598). Como en otras campañas de competencia femenina, la Federación de Mujeres propondrá el plan de programa de movilización y formación de las mujeres rurales para optimizar la producción agrícola y, en cierto sentido, fue responsable de la creación de las trabajadoras modelos que promovieron la participación de las mujeres rurales en el proyecto socialista. Del lado de las trabajadoras, mujeres con un historial de pobreza, discriminación y subordinación de género, la adquisición de formación técnica para el trabajo rural “fue aparentemente una experiencia importante y empoderadora para estas mujeres que de otra manera nunca hubieran soñado con una oportunidad como ésta” (Gao, 2006, p. 601). Así surgen las trabajadoras modelo ‘*Nüjie diyì*’ cuya traducción literal es “primera clase de mujer”, e incluye a aquellas mujeres o grupos de mujeres reconocidas como las primeras conductoras de tractores, trenes, coches, soldadoras, etc., es decir, trabajadoras cualificadas en maquinaria pesada.

El icono *nüjie diyì*¹ está integrado por temas claves del discurso político maoísta de género, especialmente relevante en lo que se refiere a la forma física de las mujeres y a la composición sexual de la fuerza de trabajo. Las narrativas de las integrantes en este grupo de trabajadoras modelo revelan la importancia de la experiencia física en el trabajo, de manera que la fortaleza corporal mantiene una relación simbiótica con la maquinaria -pesada, voluminosa-: una nación joven y fuerte -como la RPC- se representa por cuerpos

¹Véase por ejemplo el poster: “Mama comes on a tractor” de Zhang Daxin, 1960, *Chinaposters.net*. En : <http://chinese posters.net/posters/e15-828.php>

masculinos y femeninos inquebrantables, irreductibles al cansancio o al esfuerzo, cuerpos modélicos en su heroicidad. En este sentido, la liberación de las mujeres se lleva a cabo también, y se representa, a partir de la reconstitución y reasignación del cuerpo femenino, más allá de su dimensión reproductiva. Por ello, el cuerpo femenino está masculinizado. Sin embargo, Chen apunta que ser *nüjie diyi* refiere a algo más que la reconstitución física del cuerpo:

(...) Requiere entrenamiento y conocimiento que separaba a estas mujeres de sus compañeros hombres y mujeres que carecían de iniciativa, determinación y capacitación para estar a la vanguardia de la transformación socialista. Como modelos de la nueva China, las mujeres '*díyi*' representaban una nueva iconografía femenina autorizada por el estado en la que los cambios físicos estaban entrelazados con otros elementos de la transformación socialista de género, en una complicada movilización de los modelos femeninos que suponían más que la simple universalización de un ideal masculino (Chen, 2003, p. 276).

Las *nüjie diyi* condensan los elementos propios del modelo de desarrollo maoísta. La modernización de la nación, al contrario que en otros países, no estaba unida a la urbanización. Es la proletarización del campo, ejemplificada en la maquinaria pesada, la que ofrece una visión alternativa del desarrollo económico y social. En él, hombres y mujeres ocupan un lugar de vanguardia específico, alternando las relaciones de género clásicas de la estructura familiar china circunscritas al par dentro (femenino)/fuera (masculino) adaptado para la ocasión en maquinaria (masculino)/tierra (femenino), relación dicotómica de género cuestionada con la aparición de los carteles propagandísticos de las *nuyi diyi*. Por ello,

(...) El Partido asoció la redefinición de la subjetividad femenina con una promesa de transformación socialista. A través de las trabajadoras modelo, el Partido Comunista Chino buscó una subjetividad femenina socialista de base proletaria que reconstruyó las relaciones sociales y de género (Chen, 2003, p. 280).

Sin embargo, Gao (2006) señala que el sentimiento de liberación de estas mujeres estaba muy limitado por las condiciones estructurales y mentales de las propias trabajadoras modelo: a pesar de defender el eslogan de "igual salario por igual trabajo" consideraban que el trabajo doméstico era una obligación natural de las mujeres; animaban a las mujeres mayores a alfabetizarse pero no justificaban el divorcio por los malos tratos recibidos; proclamaban el matrimonio libre a la vez que se mantenían infelizmente en los suyos. Estar empoderada como trabajadora modelo no fue suficiente para neutralizar la jerarquía de género de la sociedad rural china. Por otra parte, la movilización laboral femenina tuvo un impacto negativo en la vida de las mujeres:

(...) Incluso para las trabajadoras modelo, la pesada carga física del trabajo en los campos se recordaba como una fuente de sufrimiento para las mujeres. Para la mayoría de las mujeres rurales que no habían tenido la oportunidad de compartir el 'estrellato' de las trabajadoras modelo, fue muy difícil conectar tal dureza con la 'liberación de las mujeres'. Para ellas, salir de la familia para participar en la 'producción socialista' no conducía a la promesa de la liberación de las mujeres. Estructuralmente, la feminización de la producción de algodón no cambió la desigualdad de género arraigada en el lugar del trabajo (Gao, 2006, p. 608).

Por otra parte, el informe de la Federación de Mujeres sobre la campaña del Gran Salto Adelante (1958-1961) destacó el fracaso de este periodo en relación con la salud de

las mujeres, en franco declive debido a las exigencias físicas del trabajo productivo y reproductivo. Por el contrario, algunas líderes locales entrevistadas por Manning (2006), recuerdan esta misma etapa de manera positiva al obtener derechos económicos que les permitieron una mayor libertad en las familias y comunidades sin costes para su salud. Una misma realidad experimentada de manera diferente según el lugar ocupado - intelectuales urbanas y cuadros nacionales, trabajadoras rurales y líderes locales-, en torno a los aspectos más relevantes para su vida: el trabajo –y su compromiso con la construcción de la nación socialista- y la familia.

La nueva política del Partido intentaba hacer de la mujer china una trabajadora, pero sin olvidar su especial contribución a la sociedad. Así, intentó combinar ambos papeles, trabajadora y madre, dejando constancia en la legislación laboral de esta doble condición de las mujeres chinas creando departamentos para informar a las madres sobre los cuidados básicos para una buena crianza de los hijos/as. En 1954 hizo acto de presencia por primera vez en la República Popular la planificación familiar para asegurar que las mujeres dedicadas a actividades políticas, las mujeres cuadros del partido y de la Federación de Mujeres, pudieran regular sus embarazos y combinar la maternidad y el trabajo.

Entre las académicas chinas no hay una única visión sobre la distribución sexual de la fuerza de trabajo en China durante las décadas de 1950 y 1960, y especialmente durante el Gran Salto Adelante. Algunas piensan que la feminización del campo repercutió en el descenso de empleo urbano femenino (Jiang, 2001, citado por Jin, 2006), y otras afirman que las mujeres han sido discriminadas en la industria, y en la agricultura han trabajado muchas veces como mano de obra complementaria o auxiliar (Jin, 2006).

En la ciudad, las relaciones urbanas de producción estaban dominadas por empleadores, asalariados y población dependiente. A diferencia del campo chino donde las mujeres resultaban válidas como fuerza de trabajo, en la ciudad el mercado laboral femenino estaba muy limitado por la falta de preparación de las mujeres y por la abundante mano de obra masculina, gran parte de la cual provenía del éxodo rural. Así, la situación laboral no era igualmente propicia para toda la población urbana femenina y muchas mujeres pasaron a ser catalogadas como “población dependiente” de los varones de sus familias, de los padres si eran solteras y de los esposos si estaban casadas. De este modo, el énfasis que el Partido había puesto en la decisiva participación femenina en el ámbito laboral como vía de incorporación en la sociedad en igualdad de condiciones que los hombres, chocaba con una realidad que impedía su incorporación masiva a la producción. Para evitar el aislamiento y alejamiento de las mujeres urbanas chinas, la Federación de Mujeres se encargó de mantenerlas dependientes -es decir, amas de casa- ocupadas e implicadas en la construcción de la nueva sociedad china.

Se agrupó a las mujeres bajo el criterio del trabajo del marido. Por medio de los comités de residencia -de vecinos- las mujeres sin trabajo podían desempeñar diferentes actividades de utilidad pública como campañas para la higiene colectiva, control de las buenas costumbres en el vecindario, fomento de la convivencia vecinal y familiar, intervención en asuntos de divorcio, malos tratos, estudio de las directrices del Partido,

entre otras. Así, las mujeres también estaban implicadas en la vida social gracias a las actividades integradas en el ámbito reproductivo y de cuidados, es decir, las catalogadas como propiamente femeninas. El objetivo de la campaña era convencer a las mujeres no dependientes, las trabajadoras, que dejaran su puesto de trabajo en beneficio de un trabajador y volvieran a sus hogares para participar en las campañas de higiene y demás actividades adecuadas a ellas, es decir, servicios sociales sin costes para el estado.

Durante el Gran Salto Adelante, la situación cambió y se promovieron actividades de tipo cuasi-industrial en la ciudad para las mujeres dependientes: “la industria de la calle”. Las amas de casa del vecindario junto a hombres jubilados, trabajaban en cooperativas para fabricar productos artesanales, por lo general de mala calidad pues en su mayoría los materiales de que se servía eran los desechados por las fábricas. Aunque desde el punto de vista productivo no resultaban muy rentables, sí que lo eran desde el punto de vista social, al permitir a las mujeres estar cerca de casa evitando al estado invertir en crear una infraestructura regulada por leyes. Las “industrias de la calle” resultaban muy ventajosas para el estado porque pagaba sueldos muy bajos sin cobertura social. La aportación económica al presupuesto familiar de las mujeres que trabajaban en ellas era escasa, lo que las dejaba prácticamente en la misma situación que antes: formar parte de la población dependiente.

Durante la Revolución Cultural (1966-1976) se radicalizó la lucha de clases y se fomentó la participación de la población china en todas las actividades políticas. Se dio prioridad a la igualdad social frente a las diferencias sexuales y el modelo laboral femenino icónico se denominó “*las chicas de hierro*”, la nueva mujer socialista, capaz de ser buena trabajadora, sin olvidar sus obligaciones y responsabilidades para el Partido participando en las actividades políticas de su *danwei* -“unidad de trabajo”, organización laboral donde se desarrolla la vida productiva y social de los residentes urbanos chinos-, de su vecindario, de su comuna, etc. En su trabajo sobre esta figura, Jin Yinhong (2006) señala la diversidad discursiva en el colectivo. Las mujeres urbanas, al contrario que las rurales, disfrutaron de un estatus laboral caracterizado por igual paga por igual trabajo, atención sanitaria, beneficios sociales y medidas de protección laboral -baja maternal, exámenes ginecológicos, etc.):

(...) Las restricciones de la habilidad y de la fuerza física fueron los mayores desafíos para las mujeres urbanas. Es más adecuado decir que ellas experimentaron más desigualdad de clase que de género en la división social del trabajo (Jin, 2006, p. 625).

Entre las rurales es frecuente recordar con nostalgia sus tiempos de juventud por considerar que fueron los mejores de su existencia. Se sienten orgullosas de sus logros a pesar de la dureza física del trabajo realizado y la ideología de género imperante les facilitó “...experimentar una liberadora sensación de libertad y construir una nueva subjetividad” (Jin, 2006, p. 625):

(...) Para las mujeres rurales asumir el rol de los hombres, a pesar de experimentar la ‘chica de hierro’ como una distorsión de la naturaleza femenina de las mujeres, (...) fue equivalente a una revolución de género que transformó las restricciones y opresiones de género existentes en la vida rural durante centurias. Y, lo más importante, estas valientes transgresiones estaban sancionadas y glorificadas por el discurso oficial (Jin, 2006, p. 625).

Las “chicas de hierro” rurales cumplieron su compromiso con la igualdad de género oficial sin perjuicio para ellas o para sus familias. Algunas académicas han señalado que durante esta etapa la juventud fue el grupo social más empoderado de la Revolución Cultural (Wang, 2001; Honig, 2000). Según Jin (2006) se debe a que las jóvenes no cuestionan el sistema de género rural chino al no tener que desempeñar los roles familiares propios de una mujer casada: esposa y madre.

Como vemos, la dimensión productiva de la mujer socialista china es la que compone las figuras de la feminidad maoísta, no muy alejada de la representación de la masculinidad dado que, según reza otro famoso eslogan de este periodo, “lo que un hombre puede hacer, la mujer también”. El trabajador, trabajadora supuso una creación identitaria del socialismo chino para liberar el trabajo de la alienación del asalariado propia del sistema capitalista (Pun Ngai, 2005, p. 5). Procesos ideológicos que propiciaron lo que algunas académicas han denominado igualitarismo socialista (Yang, 1999), en referencia a la ausencia de una subjetividad femenina no adscrita a los dictámenes del Partido Comunista, un igualitarismo que borró a las mujeres del espacio público en la medida en que solo lo ocupaban en tanto trabajadoras.

III. Las nuevas relaciones económicas

En la China maoísta (1949-1976), el porcentaje de participación laboral femenina fue más alto que en otros países, capitalistas y socialistas. Sin embargo, el trabajo femenino era el menos cualificado y por tanto el más barato. Con anterioridad a las reformas, el estado asignaba el trabajo a la población urbana en edad laboral. Se utilizaba el sistema *dingti*, que consistía en que los hijos pasaban a ocupar el puesto laboral de sus padres una vez jubilados. Este sistema garantizaba el puesto de trabajo para toda la vida o lo que se conoce como “el tazón de hierro”, *tieban*. Pero el sistema se colapsó. A finales de la década de 1970 miles de jóvenes se encontraban a la espera de obtener su trabajo estatal, a los cuales se sumaban los que volvían del campo tras las campañas políticas de los años sesenta; de los jóvenes en espera de empleo, las dos terceras partes eran mujeres. Además, durante este periodo, y a pesar de que la economía de mercado abrió nuevas oportunidades laborales en la industria ligera y de servicios (Gao 1994; Zhou, 1998), las mujeres fueron expulsadas gradualmente del colectivo de trabajadores con más derechos laborales: las empresas estatales.

Las reformas descentralizaron la planificación del proceso productivo y las necesidades del mercado obligaron a las empresas estatales a desarrollar su propia política de (re)ajustes sin cuotas, ni condicionantes, ni límites. El resultado es que el número de mujeres despedidas de las fábricas estatales fue creciendo con los años. A lo largo de la década de 1990 el despido también llegó a los trabajadores varones, pero la tendencia se inició con el despido femenino, y se realizó apoyándose en el marco legal.

La Ley de Protección Laboral de 1984 ya estipulaba las especiales necesidades laborales de las mujeres, es decir, una redistribución laboral de género en función de las cualidades biológicas de los sexos, recomendando la ocupación laboral femenina en aquellos puestos que requieren menor capacidad física, y a veces, menor capacidad técnica e intelectual, para adaptarse a las nuevas exigencias del trabajo más tecnificado. Así, los prejuicios de género de la sociedad se convirtieron en condiciones naturales de los sexos, y lo más natural para una mujer era ser madre. La maternidad en tiempos de la reforma pasó a ser uno de las causas del despido femenino de las empresas estatales, pues para las empresas resultaba más económico mantener mano de obra en excedencia que en pleno rendimiento dado que por ley tenían que suministrar las infraestructuras para las madres y sus hijos/as -guarderías, comedores, permisos laborales, etc.-. Por ello facilitaban una baja maternal de tres años de duración manteniendo el 75% del salario -un coste mínimo de los beneficios laborales de los trabajadores en las empresas estatales-. A otras se las aseguraba el 60% o 70% del sueldo si renunciaban al trabajo. De esta manera, la protección de los derechos laborales de las mujeres enfatizaba el desequilibrio de género de la sociedad china en lo que respecta al trabajo, pues las disposiciones legales permitían y justificaban las medidas discriminatorias laborales que han sufrido en los últimos años, sobre todo las trabajadoras del sector industrial.

La economía de mercado provoca una reestructuración del sistema que eleva el coste de vida a la vez que reduce los puestos de trabajo y junto al sesgo de género, da como resultado un fuerte desplazamiento de la mano de obra femenina de los trabajos estables y con mejores condiciones laborales a los de menor cualificación, salarios inferiores y sin beneficios sociales. Un desplazamiento laboral femenino hacia las ocupaciones más allá del ámbito estatal, trabajos en las empresas semicolectivas y privadas. Es decir, la reforma económica pone de manifiesto un mercado laboral diseñado a partir de la categorización ocupacional de género. Para hacer frente a esta situación laboral, la adaptación seguida por el trabajo femenino ha sido la búsqueda de nuevas estructuras, nuevas ocupaciones y otras formas de gestión al margen de mundo laboral masculino para evitar la competencia y el enfrentamiento.

IV. Crecimiento económico y desigualdad de género

Durante la década de 1990, China pasó a ser “la fábrica del mundo”, un modo de expresar cómo este país se inscribía en el sistema productivo global gracias a la ingente mano de obra barata y disponible. Gran parte de la fuerza de trabajo provenía de las zonas rurales, hombres y mujeres que se trasladaron a las ciudades para contribuir a la modernización económica del país. La dual organización territorial administrativa y productiva maoísta presente todavía en la era de las reformas, contribuyó a la aparición de la “población flotante”, y de la joven trabajadora migrante, la *dagongmei*: “...una nueva identidad que se produce cuando la maquinaria capitalista global llega a la China post-maoísta: marca el comienzo de una nueva fase de proletarización regulada por el mercado, el estado y las fuerzas sociales” (Pun Ngai, 2005, p.15).

Nueva identidad producto del sistema de registro doméstico (*hukou*) que ayuda a generar mecanismos de explotación laboral en las ciudades y zonas económicas desarrolladas de China. La persistente distinción de la residencia temporal y permanente que posibilita la vigencia del *hukou*, permite al estado eludir su obligación y responsabilidad de proveer a los y las trabajadoras con los beneficios sociales garantizados por ley (Pun Ngai, 2013). Así, la emergencia de la *dagongmei* se explica por la confluencia del “proyecto de modernidad china y el capitalismo global” (Pun Ngai, 2005, p. 5). En esta nueva fase de China, *dagong* (trabajador/a), la categoría de mayor estatus durante el maoísmo, remite a un bajo estatus ocupacional. El sufijo *mei* -“hermana menor”- denota el estatus familiar de joven y soltera, al igual que la categoría ocupacional, y de acuerdo con el sistema social de género imperante, ubica a estas mujeres en un bajo estatus social.

El género es central en este sistema de “trabajo dormitorio” –las residencias se encuentran en el recinto fabril-. Desde 1990, las mujeres jóvenes han sido las primeras en ser acogidas por las nuevas industrias orientadas a la exportación. Constituyen una gran proporción de los trabajadores de las fábricas, por encima del 70% del total en los sectores de confección textil, juguetes y electrónica. Su género, además de su juventud y la condición de migrante rural, es una parte integral de la industrialización impulsada por las exportaciones de China facilitando la producción mundial para el mercado mundial (Pun Ngai, 2013).

Para las empresas las *dagongmei* son la mano de obra ideal debido a que es barata y flexible, son mujeres solteras -no necesitan de departamentos de planificación familiar ni de la infraestructura a la que la legislación obliga-, solas y por tanto indefensas, y la rotación ocupacional favorece que la permanencia en la empresa sea temporal. Todo ello caracteriza a las “hermanitas trabajadoras” como un colectivo con escasa o nula conflictividad, manejable y con una buena productividad.

Viven y trabajan en el mismo recinto. Las fábricas habilitan comedores y dormitorios -de calidad media o baja- lo que mantiene a sus trabajadoras disponibles prácticamente todo el día, cuando sean necesarias, de ahí que las jornadas laborales casi nunca son de ocho horas porque las horas extras son obligatorias. Por otra parte, el reclutamiento se realiza por medio de las vías tradicionales: algún encargado de la empresa visita zonas rurales donde contrata a las jóvenes; también trabajadores de la empresa inician redes de contratación laboral con las jóvenes de su pueblo o alrededores. Los encargados suelen organizar grupos de trabajo según origen lo que de manera indirecta incide en la presión entre las compañeras de trabajo al reproducirse los esquemas de relación interpersonal caracterizados por el control social propio de las comunidades rurales. Este modelo organizativo resulta muy beneficioso para los dueños de las fábricas que enmascaran su explotación laboral en las relaciones de género propias de las comunidades de donde proceden las empleadas y sus capataces. Si, por el contrario, las jóvenes trabajan en fábricas o empresas sin paisanos es posible que puedan adquirir ciertos conocimientos, experiencia, y mejorar su cualificación laboral.

En general para las *dagongmei* el trabajo es temporal. Primero porque su objetivo es conseguir dinero para enviar a su familia natal, ahorrar para su dote o para establecer un negocio una vez casadas en sus pueblos de origen o proximidades. La temporalidad hace más fácil soportar las duras condiciones laborales pero en caso de que las relaciones laborales se hagan insoportables o se cansen del horario o de las exigencias de la fábrica, pueden cambiar de lugar de trabajo, gracias a que hay mucha oferta laboral en este tipo de empresas (Pun Ngai, 2005).

La globalización capitalista en China ha reactivado el “sistema de trabajo dormitorio” (*dormitory labour system*), originado en la industrialización, europea y asiática. Sin embargo, el caso chino es especial dado que se aplica a los y las trabajadoras de todas las industrias -nacionales e internacionales- con independencia de las condiciones de cada una de ellas. Este sistema permite maximizar la disponibilidad de mano de obra temporal, pues esta industria no se responsabiliza de la reproducción de las y los nuevos trabajadores, motivo por el que resulta tan rentable. El régimen de residencia subsidia el costo de vida de la mano de obra en términos de salarios, alojamiento, y consumo, un sistema que ha permitido mantener una mano de obra barata en China en las últimas dos décadas. (Pun Ngai, 2013).

V. Características del mercado laboral femenino chino en el siglo XXI

En 2001 China se incorpora a la Organización Mundial del Comercio. Simbólicamente supone también la adhesión de China a la economía global, cuyo efecto inmediato es una intensificación productiva orientada a la exportación y al mercado internacional y también interno, dando paso a la sociedad de consumo de masas, incipiente en ese año, realidad tangible a finales de la segunda década del siglo XXI.

Como se ha visto, uno de los efectos de la globalización y liberación del mercado ha sido la desregulación del mercado laboral que ha supuesto una reorganización profunda de la producción, así como cambios en las condiciones de empleo, incrementándose su inestabilidad, temporalidad y el desempleo (Liu, 2007). Y, como sucede en otros países, es en las trabajadoras en quienes más repercute la desregulación del mercado laboral.

Uno de los primeros efectos de la aplicación de las políticas económicas neoliberales es el descenso en 10 puntos porcentuales de la actividad laboral femenina. La economía de mercado y las políticas neoliberales han desarticulado el sistema de protección público establecido por las empresas estatales en la era maoísta, afianzando la desregulación del mercado laboral y con ello una discriminación laboral y segregación ocupacional de género que, unido “...a la reactivación de los roles tradicionales de género –‘los hombres trabajan fuera como sustentadores y las mujeres permanecen en casa al cuidado de la familia’” (Liu, Li y Yang, 2015, p. 17), han propiciado el descenso de la tasa de actividad femenina. Las madres con hijos menores de seis años -edad en la que se inicia la

educación primaria- constituyen el grupo de trabajadoras que más ha sufrido la reducción del empleo femenino (Liu, 2007; Liu, Li y Yang, 2015, p. 5).

Tabla1. Tasa de actividad laboral femenina china, 1990-2016

Año	Tasa de actividad laboral femenina en China
1990	73,49%
1995	72,78%
2000	71,24%
2005	66,90%
2010	63,72%
2015	63,58%
2016	63,30%

Fuente: The World Bank, en la web *The global economy.com*

Estudios recientes han señalado un efecto de privación y alienación en relación con el lugar de trabajo de algunas mujeres urbanas debido a la discriminación laboral. Así, se concentran en el trabajo doméstico como rechazo a un mercado laboral hostil en un momento en que hay una mayor aceptación social de la figura de ama de casa, “generando un espacio para que las mujeres imaginen identidades de género alternativas que no estaban disponibles en la era de Mao” (Zuo, 2014, p. 129).

Por otra parte, no debemos olvidar el envejecimiento de la población. El sistema social de género también afecta a la edad de jubilación, 60 años para los hombres y para las mujeres varía en función de su categoría laboral, para las funcionarias es a los 55 años la edad del retiro laboral, 50 años para las trabajadoras. La edad de jubilación se establece con la instauración de la RPC y, se mantiene hasta la actualidad, pese al anuncio en el año 2016 del plan para elevar la edad de jubilación (Su, 2016). Aunque desde el punto de vista del feminismo marxista se entiende como una suerte de compensación por la doble aportación de la mujer -productiva y reproductiva- a la sociedad china (Sáiz López, 2001), en la práctica el criterio dual de la jubilación contribuye a la desigualdad social de género en la medida en que convierte a las mujeres en población económicamente dependiente también en esta etapa de sus vidas.²

² Igualar la edad de jubilación en hombres y en mujeres es una reivindicación del movimiento de las mujeres chinas desde hace varias décadas.

La discriminación laboral de género del mercado laboral chino, afecta también a la ocupación, categoría profesional y retribución salarial. Desde la década de 1980, y asociado a la migración interna, se intensifica la “feminización del campo”, mientras que en las zonas urbanas el empleo femenino está cada vez más concentrado en el sector servicios, en especial en el servicio doméstico, hostelería, servicios financieros, educación, salud y bienestar social. Además, las trabajadoras están menos representadas que los hombres en los puestos de dirección y gestión y más en los puestos menos cualificados (Dasgupta, Matsumoto y Xia, 2015; Liu, Lin y Yang, 2015)

La desigual retribución laboral es otro de los indicadores de la desregulación del mercado laboral en la era de la globalización. Afecta a la división productiva global de los países y a los mercados laborales que evalúan diferencialmente el trabajo realizado por profesionales y obreros, trabajadores cualificados y no cualificados y, el de las mujeres y de los hombres. En el caso de China la brecha salarial de género se ha incrementado durante el siglo XXI. Si en 1990 las trabajadoras urbanas percibían el 77,5% del sueldo masculino, en 2010 se reduce al 67,3%. En el caso de las trabajadoras rurales la reducción es mayor, desde el 79% en 1990 hasta el 56% en 2010. Según estudios recientes, las mujeres que han emigrado a las ciudades y zonas con más potencial laboral también se ven afectadas por la discriminación salarial ganando hasta un 26% menos que los trabajadores migrantes (Min et al., 2016). En ocasiones, la diferencia salarial de género se ha justificado por la desigual formación de los hombres y de las mujeres, argumento que no es aplicable al caso chino puesto que desde la década de 1980 se ha equilibrado el acceso a la educación de hombres y de mujeres (Liu, Li y Yang, 2015).

La asimetría salarial no solo supone un desigual reparto del trabajo productivo en el que las mujeres aparecen como trabajadoras de segundo nivel -en 2010, solo el 24,4% del grupo que recibe los salarios más altos del mercado laboral son mujeres, mientras que constituyen el 65,7% del grupo con los salarios más bajos-, lo cual también afecta a las estrategias familiares destinadas a la reproducción social. Así, desde la década de 1990 las trabajadoras de familias con menos ingresos son las que han abandonado en mayor medida el mercado laboral en las zonas urbanas, dado que cuando el salario femenino es menor que el masculino la mujer realiza el trabajo doméstico y el cuidado familiar, porque si no existe una prestación pública destinada al cuidado los precios en el mercado se disparan y solo están al alcance de aquellas mujeres que integran el grupo de profesionales con mayores ingresos (Liu, Li y Yang, 2015), o para las que cuentan con la ayuda doméstica de las mujeres de la familia extensa como muestra Shen Yifen (2011) en su estudio de familias urbanas en Shanghai.

Sin embargo, y pese a la reducción de la tasa de actividad femenina, las mujeres chinas ostentan uno de los mayores índices de contribución al Producto Interior Bruto (PIB) de su país, el 41% en 2015 (The statistic portal). Como hemos visto, su mayor aportación laboral se concentra en el sector servicios, gran dinamizador de la economía actual china donde la comercialización de la femineidad es un rasgo característico.

VI. Economía de la belleza y de la sexualidad

Académicas feministas han señalado reiteradamente la relación existente entre el trabajo y la feminización de la sexualidad en diferentes contextos productivos. Por ejemplo, Leslie Salzinger (2003, citado en Hanser 2005) muestra como en trabajos feminizados (por ejemplo, en las fábricas textiles mexicanas) la buena trabajadora se identifica con la mujer deseable de manera que la feminidad sexualizada estructura y jerarquiza la producción de acuerdo con los criterios de género. En China, la mujer joven simboliza la modernidad capitalista, especialmente en el sector servicios, donde sus vendedoras componen una nueva versión de feminidad asociada con el lujo y la riqueza (Hanser 2005).

A partir de las reformas se empieza a configurar una nueva sociedad en China. La dimensión económica muestra una gran capacidad en la re-configuración de la sociedad trascendiendo el ámbito de las relaciones de producción y expandiéndose al espacio socio-cultural. Así, por ejemplo, algunas estudiosas de los medios de comunicación desde la perspectiva de género, señalan cómo a partir de la década de 1980, el discurso sobre las mujeres se construye económicamente y es esencialmente consumista (Li, 2011). Además, en el sistema capitalista, la sexualización de la feminidad cruza la producción extendiendo la diferenciación y jerarquización de las relaciones sociales al consumo. Así, se entiende por “economía de la belleza” la actividad económica que vincula la apariencia de las mujeres con la economía, un mercado en el que mujeres jóvenes y atractivas promueven productos y servicios comerciales destinados al consumo femenino y masculino, desde la venta de productos cosméticos, servicios de salud, inmobiliarios, cine y televisión, por indicar algunos (Otis 2012, citado en Zurndorfer, 2016).

La comercialización de la feminidad es uno de los aspectos de “regenerización” de la sociedad china post-socialista (Evans, 2000; Dai, 2006). En este nuevo contexto socioeconómico, las relaciones de producción han reactualizado la división sexual de género. Así, pese a la importante presencia laboral femenina y su contribución económica al PIB, la relación de las mujeres con la economía se aleja de los presupuestos marxistas que fundamentan el gobierno de la nación y que subyacen a las revisiones de la ley de protección de los derechos e intereses de las mujeres -la última en 2005-. Uno de los efectos, como ya se ha señalado, es la desafección laboral de mujeres que se ven abocadas al trabajo doméstico sea por elección o por expulsión del mercado laboral. Otro efecto lo encontramos en el impulso que ha cobrado la investigación académica de la economía sexual, un campo que estudia las relaciones económicas a partir de las relaciones privadas establecidas entre hombres y mujeres de la que la economía de la belleza es una manifestación más. En sentido estricto, la economía sexual de China se refiere a las relaciones entre hombres ricos y políticamente influyentes y mujeres jóvenes solteras que intercambian su feminidad y sexualidad por la riqueza material y la seguridad financiera que les proporcionan estos hombres. Según Harriet Zurndorfer (2016) estas relaciones están normalizadas debido a la asunción del discurso social y político de la desigualdad de género de la sociedad china.

En su artículo, Zurndorfer (2016) sistematiza los distintos tipos de relación que conectan riqueza, feminidad y sexualidad, los tres elementos que componen la matriz de la economía sexual. En primer lugar habla de *Ernai* (segunda esposa), definida como una amante asalariada -en muchos casos los detalles de la relación se especifican mediante un contrato entre ambas partes- de hombres con dinero e influencia que le proporciona un ingreso estable, alojamiento y obsequios a cambio de sexo y de su compañía. No se establece como una relación de amor y por lo general ellas son jóvenes y están bien educadas, muchas estudiantes universitarias que esperan que sus proveedores las ayuden a encontrar trabajo después de la graduación. *Baopo* (esposa contratada), es una mujer que acompaña al hombre en viajes de negocios y se le paga de acuerdo a una tarifa acordada para cada período. Mujeres, jóvenes y atractivas, legitiman a estos hombres de negocios debido al valor simbólico de género que tiene la compañía de una mujer joven y bella. *Santing* (tres salas), se refiere a las mujeres que trabajan como anfitrionas en bares de karaoke, salones de baile, bares, restaurantes y casas de té. Reciben una recompensa financiera de los hombres a los que acompañan para cada nivel de servicio que brindan, desde hablar hasta tomar una copa o intimar con el cliente. Estos tres tipos de relación están fuera de la definición de prostitución y son las únicas que Zurndorfer estipula como propias de la economía sexual de China, dejando de lado aquellas que se definen netamente por un intercambio sexual, en el que no siempre interactúan la tres dimensiones de esta actividad económica.

VII. Conclusiones

Este trabajo ha revisado el nexo entre las dimensiones productivas y reproductivas de las mujeres y la sociedad china atendiendo a las tensiones y contradicciones que han afectado en su materialización desde la fundación de la República Popular. En la sociedad maoísta la asunción de las premisas engelsianas de la igualdad de género y el énfasis en la reconstrucción y desarrollo económico del país, tienen como consecuencia la aparición de la identidad de trabajadora, privilegiando la dimensión productiva femenina en las campañas de trabajadoras modelos, neutralizando la feminidad burguesa como elemento distintivo de las mujeres socialistas (Yang, 1999). Con el cambio a la economía de mercado, la sociedad china recupera poco a poco los fundamentos de la división sexual del trabajo de la sociedad capitalista cuya manifestación más genuina es el despido de las madres trabajadoras de las empresas estatales y la reducción gradual de la tasa de actividad femenina. El mercado como espacio de relaciones sociales *generiza* los cuerpos y contribuye a la separación y reubicación de los mismos en ámbitos bien diferenciados: la producción y riqueza del lado de los hombres, la reproducción y la belleza del lado de las mujeres. Así, el nuevo valor de mercado del cuerpo femenino en

la sociedad china del siglo XXI se enmarca claramente en los patrones capitalistas de género donde la participación laboral femenina desciende dando paso a un tipo de relación económica mediatizada por las relaciones desiguales de género.

Desde el punto de vista del desarrollo económico la reducción de la participación en la fuerza productiva no es un indicador negativo de crecimiento económico de la nación, por el contrario sugiere un aumento de la tecnología en la producción consiguiendo mejores índices de crecimiento con menos mano de obra (Liu, Li y Yang, 2015). Sin embargo, desde la perspectiva de género no se puede mantener que un descenso en la participación laboral femenina vaya acompañado de un incremento de estatus de las mujeres en la sociedad debido a la interseccionalidad de la desigualdad social y de género. De acuerdo con los datos aportados -dificultad de buscar empleo de las mujeres de mediana edad despedidas de las empresas estatales, brecha salarial, puestos laborales no cualificados, diferencia en la edad de jubilación, etc.- el que las mujeres chinas no trabajen significa en definitiva un incremento de su dependencia económica y social de los hombres, y por tanto, el beneficio de un mayor desarrollo tecnológico en la producción no se traduce en una igualdad de género como bien ilustran los datos para la sociedad china utilizados en este artículo.

VIII. Bibliografía

- Chen Tina Mai (2003). 'Female Icons, Feminist Iconography? Socialist Rhetoric and Women's Agency in 1950s China'. *Gender and History*, Vol. 15, No. 2, pp. 268–295.
- Dai Jinhua (2006). Clases y relaciones de género en el discurso dominante en China. En *El milagro chino visto desde el interior. Punto de vista de autores chinos* (pp. 169-185). Madrid: Editorial Popular.
- Dasgupta, S., Matsumoto, M. y Xia Cuntao (2015) *Women in the Labour Market in China*. Ginebra: International Labour Organization.
- Evans, Harriet (2000). Marketing Femininity: Images of the Modern Chinese Woman. En T.B. Weston y L.M. Jensen (Eds.), *China Beyond the Headlines* (pp. 217-244). Londres: Rowman and Littlefield.
- Gao Xiaoxian (2006). 'The Silver Flower Contest': Rural Women in 1950s China and the Gendered Division of Labour. *Gender and History*, Vol. 18, No. 3, pp. 594–612
- Gao Xiaoxian (1994). China's Modernization and Changes in the Social Status of rural Women". En C. Gilmartin, G. Hershatter, L. Rofel y T. White (Eds.), *Engendering China. Women, Culture and the State* (pp. 80-97). Cambridge: Harvard University Press.
- Hanser, Amy (2007). Is the Customer Always Right? Class, Service and the Production of Distinction in Chinese Department Stores. *Theory and Society*, Vol. 36, No. 5, pp.15–435.
- Hanser, Amy (2005). The Gendered Rice Bowl: The Sexual Politics of Service Work in Urban China. *Gender and Society*, Vol. 19, No. 5, pp. 581-600.
- Honig, E. (2000). Iron Girls Revisited: Gender and the Politics of Work in the Cultural Revolution, 1966–76. En B. Entwisle y G.E. Henderson (Eds.), *Re-Drawing Boundaries: Work, Households and Gender in China* (pp. 97–110). Berkeley: University of California Press.
- Jiang Yongping (2001). Wushi nian Zhongguo chengshi funü de jiuye huigu yu fansi. En Li Qiufang (Ed.), *Bange Shiji de funü fazhan – Zhongguo funü 50 nian lilun yantaohui lunwenji* (pp. 152–62). Beijing: Modern China Press.
- Jin Yihong (2006). Rethinking the 'Iron Girls': Gender and Labour during the Chinese Cultural Revolution. *Gender and History*, Vol.18, No.3, pp. 613–634
- Liu Bohong, Li Ling, Yang Chunyu (2015). *Gender Equality in China's Economic Transformation*. Beijing: United Nations System in China. UN Women
- Liu Jieyu (2007). Gender Dynamics and Redundancy in Urban China. *Feminist Economics*, Vol. 13, No. 3-4, pp. 125-158.
- Manning, Kimberley Ens (2006). Making a Great Leap Forward? The Politics of Women's Liberation in Maoist China. *Gender and History*, Vol.18, No.3, pp. 574–593.
- Min Qin et al. (2016). Gender Inequalities in Employment and Wage Earning among Internal Labour Migrants in Chinese Cities. *Demographic Research*, vol. 34, 175-202.

- Otis, Eileen (2012). *Markets and Bodies: Women, Service Work, and the Making of Inequality in China*. Stanford: Stanford University Press.
- Pun Ngai (2005). *Made in China: Women Factory Workers in a Global Workplace*, Durham: Duke University Press.
- (2013). Chinese Migrant Women Workers in a Dormitory Labour System. *Third World Resurgence*, No. 271/272, pp. 22-24.
- Sáiz López, Amelia (2001). *Utopía y género. Las mujeres chinas en el siglo XX*. Barcelona: Edicions Bellaterra.
- Salzinger, Leslie (2003). *Genders in Production: Making Workers in Mexico's Global Factories*. Berkeley: University of California Press.
- Shen Yifei (2011). China in the "Post-Patriarchal Era" Changes in the Power Relationships in Urban Households and an Analysis of the Course of Gender Inequality in Society. *Chinese Sociology and Anthropology*, Vol. 43, No. 4, pp. 5-23.
- Su Zhou (2016) China Plans to Raise Age of Retirement, *China Daily*, 1/03/2016. En: http://usa.chinadaily.com.cn/china/2016-03/01/content_23692362.htm (Consultado el 13.07.2018)
- The global economy.com. En: http://www.theglobaleconomy.com/China/Female_labor_force_participation/ (Consultado el 13.07.2018)
- The statistic portal. En: <https://www.statista.com/statistics/523838/women-share-of-gdp-region/> (Consultado el 13.07.2018)
- The World Bank Data. En: <https://data.worldbank.org/indicator/SL.TLF.CACT.FE.ZS?locations=CN> (Consultado el 13.07.2018)
- Wang Zheng (2001). Call me *Qingnian* but not *Funü*: A Maoist Youth in Retrospect. *Feminist Studies*, Vol 27, No. 1, pp. 9-34.
- Yang, Mayfair Mei-hui (1999). From Gender Erasure to Gender Difference: State Feminism, Consumer Sexuality, and Women's Public Sphere in China. En *Spaces of their Own: Women's Public Sphere in Transnational China* (pp. 35-67). Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Zhou, Kate Xiao, (1998). *El poder del pueblo*. Barcelona: Ediciones Bellaterra.
- Zuo Jinping (2014). Understanding Urban Women's Domestic-Role Orientation in Post-Mao China. *Critical Sociology*, Vol. 40, No. 1, pp. 111– 133.
- Zurndorfer, Harriet (2016). Men, Women, Money, and Morality: The Development of China's Sexual Economy, *Feminist Economics*, Vol. 22, No. 2, pp. 1-23.